

da de los seres y de los mundos: la ley de lo creado.

—Ya la veo—continuó con voz solemne y elevando sus ojos al firmamento, velado por encajes de mágico dibujo—yo la veo en la flor que se balancea estremecida al soplo de la brisa; en el cristal de escarcha, que se funde al contacto de un rayo de sol; en el cabrilleo de los astros, que allá en la altura parpadean siguiendo el curso ignorado que les señala una mano invisible y poderosa; en la ola rizada de espuma, que corre humilde a desvanecerse en la menuda arena, vencida su arrogancia. Yo la he visto en la abeja, que construye su celda y alimenta sus ninfas; en el sanguinario felino, que amamanta a sus cachorros; en el arrullo triste y armonioso de la paloma, siempre amante, y hasta en la dura roca, que se trueca en cristal, fundida por el beso ardiente de la madre tierra. La atracción, el amor. ¡Esa es la ley eterna!

Amo a mi padre; amo el recuerdo de aquella santa mujer, mi madre, apenas conocida; me deleitan mis libros y me arroba la música y la contemplación del mundo me fascina; pero hay algo en mi alma que no sé definir, un anhelo constante de adormecer mi espíritu en un éxtasis que me transporta no sé a dónde, olvidada de mí misma y de la realidad que me rodea: un ensueño cuajado de seres, increador y de emociones no sentidas, que se resuelve en llanto y me causa placer y amargura a la par.

¿Qué ansío? ¿Qué deseo? ¡Yo misma no lo sé! En mis ensueños vanos ora soy la nereida, que en el fondo de la rizada linfa murmura con su lengua de cristal cánticos misteriosos; ora la encantada ninfa, por quien suspiran en el bosque las flores y las brisas; ya creo ser la dama de belleza no igualada, a cuyos pies se postran rendidos guerreros invencibles; ya la musa, que inspira al poeta sus

versos más gallardos y al músico sus melodías más sentidas.

Yo ví en Venecia surcar el gran canal una góndola blanca, en la que iban dos jóvenes mirándose de cerca y hablando embebecidos, sin fijarse en la canturía del remero, y, al contemplarlos, sentí en mis párpados el fuego de una lágrima. De pie, en una azotea sevillana, poblada de jazmines y claveles, una mujer, de tez morena y de rasgados ojos árabes, agitaba, sonriendo, su pañuelo blanco, mirando a alguien que por la angosta callejuela se alejaba. Hé ahí, me dije, una mujer feliz . . . , y sentí en el fondo del alma no ser ella.

Pero todo en el mundo llega, doctor. En el reloj del tiempo ha de sonar la hora de mi dicha y entonces no envidiaré a las náyades que juguetean bajo las ondas, ni a las ninfas, por quien las flores languidecen, ni a la gentil pareja de Venecia, ni a la hermosa morena de la florida azotea sevillana. ¡Yo seré algún día la heroína de una novela viviente; yo tendré también quien murmure en mi oído dulces endechas de amor inextinguible!

Cesó de hablar la hermosa joven, sin duda fatigada, y quedó con la mirada fija en el espacio, cual si ante ella flotara la visión de la dicha soñada.

Yo veía agitarse su pecho con movimientos desiguales y moverse sus labios como si hablasen aún, cuando de pronto hizo una inspiración penosa, estallando en una tos ronca y sofocante, de corta duración.

Apartó de su boca el pañuelo, de fina batista, y me mostró, temblando, una mancha de rojo rutilante.

—¿Qué es eso?—pregunté torpemente azorado.

Y ella, con voz llorosa, rebotando amargura, me contestó.

—Nada, doctor. ¡La realidad que vuelve!

BIBLIOTECA NAC. MEXICANA

